

Trina Moya de Vásquez

La Mujer, la Poetisa

A un alto varón de la formidable contextura del general Horacio Vásquez, había de corresponderle, por compañera en la existencia, dama de tan finos contornos y alma tan gentil como esta dulce y noble poetisa, que es hoy una de las figuras más puras de mi patria.

La antítesis que representan estas dos vidas que el destino unió con los lazos más indisolubles del amor y de la estimación mutua, no obstante su contraste tan visible, suele ser de las más socorridas por la mano experta y justa de la Providencia. Diríase, esa antítesis, pragmática de su código de creaciones, basado en la eterna ley de las armonías.

Enlazada al roble corpulento trepa, envolviéndolo en aromas, suavidades y caricias, la romántica madre selva de talle fino y ondulante; alba y tenue espuma florece de frágiles lirios los ásperos arrecifes del vórtice rugiente; al escarpado monte que tempestades desafía, bríndale esbelta nube, a la vez que gracia y candor, un seno amoroso donde esconde él a veces la ardorosa frente cargada de pensamientos tormentosos...

Tentado estoy en afirmar que de no habersele unido compañera tan dulce al par que fiel a su noble divisa: «gobernar es amar», la inquebrantable misión que el general Vásquez se impusiera realizar en los destinos de la República, no se estarían, tal vez, cumpliendo sobre líneas tan rectas y decisivas como éstas que han hecho de su Administración pública uno de los gobiernos más liberales y progresistas de la América.

El ambiente de los palacios está saturado del hálito envenenado de las pasiones más sórdidas. Allí, la ambición desapoderada, los enconados intereses de partidos, la ardorosa sed de mando, los insaciables apetitos del lucro, libran, entre sí, las más tremendas batallas; pero, a la vez, tienen alzados, para la defensa mutua, inexpugnables bastiones, donde son centinelas en ávido alerta la Suspiciacia de faz lívida y ojos oblicuos y su

hermana la rastrera Denuncia, que, por horror a la luz, van siempre en la sombra, tejiendo intrigas, abultando temores, insinuando violencias... Con voluntad inflexible, el general Vásquez ha sabido desechar esas voces ponzoñosas, que de haberlas escuchado con oído complaciente, ya habrían dado al traste con la tranquilidad de la República. Su altiva ecuanimidad frente a los desmanes injuriosos de sus enemigos, que desde las aguerridas trincheras de una enconada prensa de oposición no cesan ni por minutos de obstaculizarle, constituye un raro y auténtico ejemplo de liberalidad política, sin paralelo ni aún en la misma democracia norteamericana, donde las ofensas públicas al Primer Magistrado de la Nación son castigadas con penas de cárcel tan severa que ningún periodista osa desafiarlas. Palmas al fuerte varón de tan inmutable magnanimidad; y flores, muchas flores, al paso de su noble y gentil compañera, que para anegar en dulzuras la irritabilidad de aquellas torpes insinuaciones que ya señalé henchidas de ponzoña, pulsa la lira en el silencio de la noche y canta esta hermosísima *Añoranza* a su esposo:

“Hoy que el cielo piadoso nos brinda
El bien placentero
De poder revivir como padres
Al calor vigoroso de un pueblo.
Infundiéndole afectos de hijo
Con nobles ejemplos.
Atendiendo a sus cuitas y afanes.
Respetando sus justos derechos,
Y talleres y escuelas y asilos
Por doquier con tesón difundiendo...
A la triste añoranza de antaño
Hoy le ofongo este dulce consuelo:
El buen Dios nos quitó dos hijas
Para darnos por hijos un pueblo.”

En cuanto a la *Poetisa*, os diré:

No hallaréis en sus versos los filtros de inquietud, los hábitos de sensualidad, el refinamiento atormentado y sabio que van caracterizando con relieves cada día más abultados, la poesía femenina de la América de hoy. En sus versos sólo se encuentran las palpitaciones ingenuas de un ingenuo corazón de mujer que ha amado sencilla y noblemente al compañero de su vida, sin sentir nunca la necesidad morbosa de desentrañar las causas metafísicas de su amor.

Y es que, al revés de algunas poetisas eminentes, que apenas son mujeres porque son poetisas, esto es, por lo que de tierno y delicado encierra en sí la vocación poética, Trina de Vásquez es poetisa por la vocación apasionada de su feminidad exquisita, que se traduce en un anhelo divino de ensanchar con las alas armoniosas del verso la delicadeza y la ternura de su temperamento de mujer. Y si en veces su mano frágil se atreve con las cuerdas de bronce de la lira épica, el estro que las sacude y las hace vibrar no les arranca jamás los yambos flamígeros de la imprecación o de la arenga, sino que las hace estallar en la cálida dulzura de un beso, o en la dulzura trémula de un sollozo.

No obstante el suave optimismo cristiano que perfuma por doquiera las páginas de este libro, hay en algunas de ellas las vibraciones de un hondo dolor; no el dolor triste y solitario—gangrenoso mal del siglo que vivimos, y que podría traducirse por una desesperada ausencia de placer, o, mejor aún, por un ardoroso deseo no cumplido de pecado—sino el dolor noble, elevado, purísimo, que nace al contacto del ajeno sufrimiento, adéntrase en el corazón del poeta y busca después su salida en un lenguaje que va directamente a Dios.

De tal guisa son algunas de las más emocionantes poesías desu estro: «Lágrimas», «Luz y Sombra», «Invocación», la misma «Añoranza» cuyo final he citado ya. El alma que dictó esos versos es un alma auténtica de poeta que a la vez llena con inquebrantable fe y naturalidad exquisita su misión de mujer dulce, suave, resignada, cual que sea la actitud o el estado en que la sorprenda la inspiración: de esposa y madre, de hermana, de amiga, de hija en fin, de hija amantísima de esta patria, cuando fué puesta en cruz por la más cobarde, inicua y criminal de las imposiciones extrañas...

Este amor a la tierra que la vió nacer, es en Trina Moya de Vásquez el motivo más fervoroso y constante de su inspiración. Sus versos traducen siempre, en la tristeza o en la alegría, un espectáculo conmovedor del alma de su Patria; tanto cuando son escritos para exaltar sus glorias y sus martirios, como cuando brotan de un sentimiento más humilde e íntimo, al calor del hogar cariñoso, o mejor aún, en contemplación del paisaje que la rodea.

Y este amor al terruño ha ido convirtiendo su musa a la devoción panteísta, aunque siempre dentro de la más pura y candorosa fe cristiana. Todas las manifestaciones externas de nuestra naturaleza exuberante, encuentran en su vena poética un ritmo terso y límpido que las reproduce con encantadora sencillez; una sencillez hecha de sinceridad y ternura, por lo que su expresión es siempre fresca, transparente y musical como la voz diáfana de un arroyo que al deslizarse cantando por entre gráciles juncos y copudos árboles, copia a la vez en su linfa el paisaje que lo circunda, dándonos, así, la ficción de que es esta copia quien produce el suave y fresco murmurio de frondas que escuchamos.

F A B I O F I A L L O

L A V E G A . - R E P U B L I C A D O M I N I C A N A . 1 9 2 8

